

cia; que es muy superior la decisión de un pueblo resuelto á conseguir su libertad. Por esto no olvidan la argucia de propagar con toda seriedad que el militarismo es la grandeza de las naciones; que los soldados no lo son del Estado, sino de la nación; que falta á los deberes de buen patriota quien no concurre á las filas; que en ellos descansa la seguridad en el interior y la respetabilidad en el exterior, y otros muchos conceptos, con objeto de que las gentes del pueblo no adviertan el engaño y soporten fácilmente el yugo militar.

Mas este gran recurso oratorio va perdiendo en eficacia, á medida que los hechos instruyen á los pueblos prácticamente del reaccionarismo que informa la institución militar, de la iniquidad de la ordenanza, de los indescibles castigos en los cuarteles y en campaña, que muchos suicidios ocasionan; así como van comprendiendo que, aun dado el concepto mezquino de la patria, muy bien podría defenderse sin el militarismo, por medio de los armamentos populares—esto es, el ciudadano armado—principio consignado hasta en los programas democráticos y hecho práctico algunas veces, cuando se creía en la virtualidad del Estado liberal por y para el pueblo, pero que, más listos los privilegiados, apresuráronse á abandonar esas teorías y prácticas, y con hábiles pretextos quitaron el fusil al ciudadano para entregárselo al subordinado soldado; prueba evidentísima de que no se trata de afianzar la libertad y el bien público, sino de mantener tanto cuanto sea posible la esclavitud y la arbitrariedad. El más miope ve que para defender su casa y su pueblo y su patria y su libertad, el libre ciudadano es el más indicado para ello, ya que entonces defiende sus propios intereses, y no el soldado, que sólo es el instrumento de la tiranía, en todas épocas y en todas las naciones.

Este es, pues, el nudo gordiano de la cuestión social, y mientras no sea cortado, no se verá libre la senda del progreso.

Una vez derrumbado el brutal derecho de la fuerza, la razón triunfante hallará fácilmente la manera de hacer práctica la trilogía proclamada por la Revolución francesa: *libertad, igualdad, fraternidad*.

Progreso

Analizadas las principales bases en que descansa la sociedad presente—pues, fuera de ellas, las demás instituciones las juzgamos secundarias, como pequeñas ruedas de una gran máquina—resultan todas negativas para la emancipación humana. Demostrado queda que se han ignorado y menospreciado las leyes naturales, y que todo ha sido organizado con tan rara violencia, que no ha podido obtenerse sino intenso malestar para todos. Mucho camino ha hecho la razón, sin embargo, para esperar el común bien. Gran cosa es ya saber que éste no podrá realizarse mientras subsistan las actuales instituciones sociales, y, en consecuencia, que se impone su cambio por otras más racionales, más lógicas, más científicas, más naturales. ¿Cuáles han de ser éstas? Fácilmente surgen como deducciones de los temas estudiados, y de ellos nos ocuparemos en otra conferencia. Importa antes decir algo respecto de ese gran factor social que se llama *progreso*.

Progreso es todo adelanto, toda tendencia á la perfección; la marcha constante de las generaciones humanas, por la cual van obteniendo más ilustración, más libertades, más goces. Todo conocimiento adquirido es un progreso realizado; y asimismo el desvanecimiento de errores sufridos hasta el momento de aquella adquisición. Una verdad sabida es manantial de muchas otras verdades, y á la vez ariete destructor de gran número de preocupaciones. Así, sucesivamente, se ha formado la sabiduría humana, por la cual, aplicada á la vida individual y colectiva, ha podido el hombre desde la animalidad pura elevarse al rango del ser más consciente, caminando hacia la realización del estado